375

Fueras siempre un esclavo sobre un trono, Mas nunca un rey. Tu furibunda saña No ejercerás jamás, flera alimaña, Que humillarse el poder á un cruel vestiglo No lo tolera la moderna España Ni lo consiente la opinión del siglo. ¡Huye y tiembla, infeliz! que si flado Vés al leon vestido de cordura, Contener su fiereza sólo es dado A la regia piedad, y á la hermosura: Mas ¡ay de tí! si eriza la melena Y el cuerpo estriba en la potente garra, Y colérico salta, y ruge, y truena. Y se lanza en los campos de Navarra, Al bélico rugido resonante Verás disperso el fanatismo ciego, Y al renacer la libertad divina, Al grito heróico de Padilla y Riego Alzarse un Bravo, aparecer un Mina.» Dijo, y un arco en el celeste coro Apareció esplendente, Como brillaban las estrellas de oro Con el fulgor naciente De las egipcias lámparas de Osiris. Lució el Genio de la história Entre los vivas que ostentaba el Iris De nítido diamante. Y en el vacío de zafir brillante Esculpieron las hijas de Memoria. «Paz á la España, y libertad y gloria.» El nombre del progreso en aurea nube Por la Justicia y el honor llevado, De la inmortalidad al templo sube; Y reflejando por la esfera, ofrece Divo conjunto de virtudes raras, Cual la fúlgida Luna, entre las claras Serenas ondas del San Juan se mece. Vencen sus hijos la sangrienta guerra, Y el Despotismo vil muerde la tierra, Y rabia, y tiembla, y brama, y desparece.

LA SOMBRA DE PELAYO.

Cuando los altos montes se extremecen De los airados vientos al silvido, Y las aves y fieras se guarecen En cóncavas cavernas, ó perecen De la centella al súbito estampido: Miéntras ni el ruiseñor ni el cisne cantan Y todo es susto y confusión y duelo, Altiva entónces la condor levanta, Ceñida de relámpagos el vuelo; A su brillante lumbre Desdeña de los Andes la alta cumbre Impávida y tremenda como Palas, Y con mirar sereno, Por la región horrísona del trueno Bate atrevida sus potentes alas.

Tal yo en mitad del general espanto

Tal yo en mitad del general espanto Que incertidumbre por do quier respira, Pulso risueño la sonante lira, Vuelo á la cumbre del Olimpo, y canto.

En el cántabro mar, cabe una roca Que del Bóreas los ímpetus contiene, Y en ondas de cristal Tetis sagrada, Cuando no ruge airada, De verde viste como al campo Mayo, La sombra ví del inmortal Pelayo. En su noble ademán la acción se mira Que al hombre imprime potestad suprema: Su magnánima faz aleja el llanto, Cubre su noble cuerpo rojo manto, Su sienes ciñen inmortal diadema.

Al lucir en oriente la aurea llama Del astro universal que luz derrama, Desnuda osado la fatal cuchilla, Y el pendón tremolando de Castilla Torna ledo la vista á Guadarrama.

—«Nieta de San Fernando, (el héroe dice) Salud y bendición. Aunque ajitada Por el flero huracán de las pasiones Está tu regia cuna, siempre amada Serás de los iberos corazones. Los que sostienen tu gloriosa silla, Los que combaten al feroz tirano Que usurpar quiere el sólio de Castilla, Los que defienden el dosel hispano, Tus hijos son, y nietos de Padilla.

El cielo hará que de terror se llenen Los pérfidos que ultrajan tu persona, Y que los males calmen y serenen, Cuando justicia y libertad resuenen Del mar de hielo de la abrasada zona. (6)

Ha dicho el padre de la pátria, y luego Por la región etérea se ha marchado Con plácido sosiego, Cual si el Sumo-Hacedor le hubiese dado Alma de rayo, inspiración de fuego. De noble ardor se inflaman A su voz los alumnos de la gloria, Y joh, sacro-santa, Libertad! exclaman, «Solo es tuyo el laurel de la victoria.»

A LA EXC.^{MA} S.^{RA} DOÑA MARÍA FRANCISCA DEL CASTILLO.

En su día.

Ría el Olimpo, y apacible el viento
Los ecos lleve que mi voz entona.
Estése quedo el Mar, vierta contento
El astro regio de la rubia zona,
Temple mi plectro inspiración suprema,
Luzca en el cielo divinal corona,
Brille en mi frente tropical diadema.
Que cuando á la virtud y á la hermosura

De Cuba el Cisne canta
Dichas sin fin á su natal augura
En los himnos de gozo que levanta.
Cuando con faz serena

Cuando con faz serena
Justos loores por do quier derrama,
Ni se oscurece el Sol, ni el Ponto brama,
Ni el Euro ruge, ni el Olimpo truena.
Antes velado de esplendor divino
Los aires y la tierra iluminando,
Aparece el lucero vespertino,
Y el cefirillo blando,
Riega suaves aromas, agitando
La inhiesta copa del gigante pino.
¿Acaso, olvidará Naturaleza
Que eres timbre y honor de tus mayores?
Y yo que tanto debo á tu grandeza

¿No haré trinar los dulces ruiseñores
Al nacer de tu célica belleza?
¿Olvidar puedo que tu noble esposo,
Condesa idolatrada,
Partió de mi destino riguroso
Con mano fuerte la terrible espada?
Jamás olvidaré que su alma tierna
Cual moderno Pompilio
Por la virtud sagrada se gobierna,
Y su memoria en Cuba será eterna

Como en Roma los cantos de Virgilio. A par tu nombre de su nombre mira Que de la gloria al templo se levanta, Oye en tu prez sonar mi humilde lira; Vé los siglos correr bajo tu planta. Meció tu cuna amor, y peregrina Naciste ornada de guirnaldas bellas, Y entre las hijas de Colon descuellas Mostrando gracias de tu faz divina, Cual la Luna en mitad de las estrellas, Cual la palma que nace en la colina.

Cual la Reina de Chipre entre las olas Sobre el nivel de los tendidos mares, La sien ceñida de albas amapolas, Te aplaudieron los índicos palmares Al volver á las playas españolas. Apareciste entónces candorosa, Angelical emblema de ventura, Como los campos de tu pátria hermosa, Más que la nieve de los Alpes pura.

Amores por el éter esparcías
Que con tu suave aliento embalsamabas,
Y jazmines brotar la tierra hacías,
Donde la planta celestial fijabas.
La culta Habana que tu estirpe aprecia,
¡Salve! dijo, y sus ninfas colocaron
En tu frente los lauros que ganaron
En Italia Corina, Safo en Grecia.
Gloria, paz y salud, condesa ilustre,
En tu natalio día
El sacro Jove por mi voz te envía.
Gózalas, pues, de tu preclaro esposo
En feliz y amorosa compañía,
Mientras yo en raudo vuelo,
Tu oriente encumbro á la región del cielo.

Tales los ecos de mi musa fueron. «Gloria, paz y salud,» luego clamaron Las montañas y valles que la oyeron, Y los montes y mares que escucharon, «Salud, y paz, y gloria,» repitieron.

A LA S.RITA VIRGINIA PARDI,

por su ejecución de «Los Caprichos» en el arpa.

No con aquella degradada lira De ingratas cuerdas y oropel cubierta, Con que tan sin razón y sin justicia Apláusos suelo prodigar, malgrado De mi fiel corazón, en voz ficticia, Celebraré tu mérito elevado;

EL SUSPIRO.

A Doña Inocencia Martinez en el Papel de María de la comedia «La niña abandonada».

> Si faltare cadencia en el concento Dedicado á tu prez, bella Maria, Previénete mi fé con grato acento, Que en un sencillo y nuevo pensamiento, Más que en el verso está la Poesía. Un don quiero ofrecerte sin segundo,

Más durable y sublime, aunque sin arte Que cuantos puede el mundo regalarte: Porque será cual hoy, claro y fecundo, Aun después que perezca el Sol y el mundo. Desde mi creación cuando el Eterno, Alma inmortal uniera A mi humana porción perecedera. Formó del fluido mismo Un soplo celestial, sonoro y tierno, El que, ya que exhalarse no pudiera, Con su mayor hermana unido fuera De la tumba al Empíreo, ó al Infierno.

Tal como ser debía Libremente exhalado Por natural y extrema simpatía A la presencia del mortal sensible Que adivinar supiese mi desgracia... ¡Desgracia cruel, que el hado turbulento Me prohibe explicar! Si, que al acento: «Llegad que aquí os aguardo, madre mía.»

Lancé un profundo ¡ay! Triunfó María. Triunfastes, sí: no empero satisfecha De la fácil victoria conseguida, Vibrasme en cada sílaba una flecha, Que al corazón derecha. Parte saliendo roja y encendida Arrancándome el alma por la herida. ¿Dónde, mágica, dí, dónde aprendiste Esos gestos de pena y de disgusto, Que al semblante revela un pecho triste? Es verdad, que naciste En el opaco siglo diez y nueve. Que suelen de oro titular: en tanto De dolores le nombra el plectro mío,

Por ser tan melancólico y sombrío, Que hasta su mismo Sol me inspira llanto.

Sino con aquel plectro Libre de la lisonja y la impostura, De cuerdas áureas y metal electro: Emblema de ventura Que el sentido arrebata y enagena, Tan incorrupto como tu alma es pura, Tan extasiante como tu arpa suena.

Sombras de los antiguos trovadores Que con doradas arpas hechiceras, A imitación de alados querubines, Del Adda y el Adige en las praderas Cantas gratos amores, Y danzando en sus plácidos jardines Huellas las plantas sin quebrar las flores:

A los fecundos y risueños campos De mi patria volad: almo el contento Escuchareis de la índica Virginia. Sus caprichos divinos Que inspiraron las hijas de Memoria. Os llenarán de insólito contento; Y unida mi canción á vuestro acento Le entonaremos himnos de Victoria Que sonando en el templo de la Gloria Pueblen de vivas la región del viento.

¿Será que diestro á los remotos siglos, Del antártico mar al boreal polo Trasmitirá el pincel tu gentileza? Vénus pudiera solo

Tus gracias hermanar con su belleza. Si pulsara la citara de Apolo. Púdica vírgen, á los pueblos parte Que el sacro Tiber riega, Y á dar placer con tu celeste arte

A los mortales que te adoran, llega. Pulsa allí tu laúd, nueva Malvina, Y tu sien ceñirá la culta Roma Con los lauros del Tasso y de Corina. Felíz la estrella que marcó el instante De tu sagrado oriente,

Y con rayos de fúlgido diamante Cubrió tu cuna y decoró tu frente.

Dichoso tu talento peregrino, Mortal dichoso el que consiga amarte Y ser amado de tu sol divino. Y más dichoso yo, porque el destino Me reservó la gloria de cantarte.

ADIÓS A MI LIRA.

EN LA CAPILLA.

(Escrita pocos momentos antes de marchar al suplicio).

No entre el polvo de inmunda bartolina Quede la lira que cantó inspirada De laureles empíreos coronada Las glorias de Isabel y de Cristina; La que brindó con gracia peregrina La «Siempreviva» al cisne de Granada No yazga en polvo, nó, quede colgada Del árbol Santo de la Cruz divina.

Omnipotente Sér, Dios poderoso, Admitidla, Señor, que si no ha sido El plectro celestial esclarecido Con que os ensalza un querubin glorioso, No es tampoco el laud prostituido De un criminal perverso y sanguinoso. Vuestro fué su destello luminoso Vuestro será su postrimer sonido.

Vuestro será, Señor: no más canciones Profanas cantará mi estro fecundo. Mas ¡ay! me llevo en la cabeza un mundo! Un mundo de escarmiento y de ilusiones; Un mundo muy distinto de este sueño, De este sueño letárgico y profundo, Antro quizá de un Genio furibundo, Sólo de llantos y amarguras dueño.

Un mundo de pura gloria,
De justicia y de heroismo,
Que no es dado á los profanos
Presentir: mundo divino,
Que los hombres no comprenden,
Que los ángeles han visto
Y aun con haberlo soñado
No lo comprendo yo mismo.

Acaso entre breves horas

Acaso entre breves horas Cuando divise el Empíreo, Postrado ante vuestro trono Veré mis sueños cumplidos; Y entónces vueltos los ojos A esta mansión de delitos, Os daré infinitas gracias Por haber de ella salido. En tanto, quede colgada La cáusa de mi suplicio, En un ramo sacrosanto Del que hicísteis vos divino.

Adiós, mi lira: á Dios encomendada Queda de hoy más: «adiós »... yo te bendigo. Por tí serena el ánima inspirada Desprecia la crueldad del hado enemigo: Los hombres te verán hoy consagrada. Dios y mi último adiós quedan contigo, Que entre Dios y la tumba no se miente. Adiós, voy á morir... ¡Soy inocente!...

¿Adónde, dí, te llevan los pesares? ¿A quién le ruegas, mísera María? «Te mald...» No sigas... desgraciada, tente! ¿Eres tú por acaso, Fanática, soberbia, ó delincuente? Ellos solos maldicen; La divina virtud no es maldiciente.

Al recorrer la clásica elegía,
Y acabado el desmayo delirante,
En brazos de una madre, y un amante,
Que perdón de sus yerros te pedía,
¡No miraste al través del tierno lloro
Que tu cándido rostro hermoseaba,
Linea de fuego que por él serpeaba
Cual mínimo relámpago de oro?
¡Ay! estática entónces creerías
Reflejadas las luces en la nieve
De tu líquido llanto,
Tal yerro en tí no admiro;
Sabe, pues, que el fulgor que te bañaba,
Era el áura sutil de mi suspiro.
Ella fué, yo la ví:

Del oprimido Pecho, rápida alzóse á la garganta Revuelta en hondo jay! mal contenido, Y acompañando al eco sonoroso Rosa ignea de límpido topacio, Convirtiéndose en círculo cumplido Medió veloz el agitado espacio Por vivas y loores, Y en el aire dos palmos suspendido, Como disco de luz resplandeciente Derramaba sus rayos en tu frente. Salud, jóven sensible y peregrina, Dulce y cándida Hebe, Flora lozana, Que á la modesta sencillez de Diana Juntas leda las gracias de Ciprina; Y pues ya del saber á la alta cumbre Osas subir por tu constancia fuerte. Toma este rayo de la eterna lumbre, Que sólo consagrado á la Inocencia Triunfará de la muerte: Él es tan puro cual su diva esencia, É inmortal como el alma que lo vierte.

Por mi Suspiro de eternal memoria Que altas virtudes místicas encierra, Te adorarán los hombres en la tierra, Y yo por él te abrazaré en la Gloria.

PLEGARIA A DIOS.

Sér de inmensa bondad, Dios poderoso, A vos acudo en mi dolor vehemente; Extended vuestro brazo omnipotente, Rasgad de la calumnia el velo odioso Y arrancad este sello ignominioso Con que el mundo manchar quiere mi frente.

Rey de los reyes, Dios de mis abuelos, Vos solo sois mi defensor, Dios mio: Todo lo puede quien al mar sombrío Olas y peces dió, luz á los cielos, Fuego al Sol, jiro al aire, al Norte hielos, Vida á las plantas, movimiento al río.

Todo lo podeis vos; todo fenece O se reanima á vuestra voz sagrada: Fuera de vos, Señor, el todo es nada Que la insondable eternidad perece, Y aun esa misma nada os obedece; Pues de ella fué la humanidad creada.

Yo no os puedo engañar, Dios de clemencia; Y pues vuestra eternal sabiduría Vé al través de mi cuerpo el alma mía Cual del aire á la clara transparencia, Estorbad que humillada la inocencia Bata sus palmas la calumnia impía.

Estorbadlo, Señor, por la preciosa Sangre vertida, que la culpa sella Del pecado de Adan, ó por aquella Madre cándida, dulce y amorosa, Cuando envuelta en pesar, mústia y llorosa Siguió tu muerte como helíaca estrella.

Por aquella de Regla venerada Que un tiempo en Monserrate apareciera De refulgente aureola iluminada, Sobre radiante disco placentera: Por aquella tu esposa idolatrada Que en su seno divino te tuviera, Tiende, Señor, el iris de bonanza Y al mónstruo horrendo en el abismo lanza...

Mas si cuadra á tu suma Omnipotencia Que yo perezca cual malvado impío, Y que los hombres mi cadáver frío, Ultrajen con maligna complacencia.. Suene tu voz, y acabe mi existencia... Cúmplase en mí tu voluntad, ¡Dios mio!... (7)

NOTAS DE LAS ODAS

(1) Poeta latino rival de Virgilio en la fuerza y elegancia de estilo: escribió el bellísimo poema en seis cantos «De natura verum,» cuya mejor edición es la que en 1725 imprimió en Leyde el célebre Havercamp. Lucrecius Carus, fué amigo y contemporaneo de Ciceron, de Cátulo y de Atiens, y nació el año 95 A. de J. C.

(2) Heredia.

(3) Quintana.

(4) La catedra de Filosofia, incorporada a la Universidad de la Habana, fué fundada en Matánzas por el cura parroco principal de aquella feligresia Dr. D. Manuel Francisco García: regenteábala el Doctor en Derecho (entónces bachiller) D. Benito José Riera, alumno aventajado del célebre filósofo D. José de la Luz Caballero. De esa cátedra, que Riera desempeñaba con general aplauso y excelente método, salieron la mayor parte de los abogados y médicos que hoy honran a Matánzas con sus talentos y con sus virtudes cívicas.

Hoy el Sr. Riera, que tanto bien hizo á Matánzas, es el catedrático de-

cano del Instituto de 2.ª Enseñanza de la Habana.

(5) Alude al luto de Fernando VII, que se suspendió para la proclamación.

(6) N. Gallego.

(7) Estos magníficos versos los iba recitando el poeta en voz clara, firme y enérgica cuando marchaba al cadalso. A ejemplo de Andrés de Chenier quiso dar à la lira su postrer «Adiós», y el númen que en sus días de amor, de esperanza y de gloria le halagara, no le abandonó en sus últimos instantes de agonía. Presentamos aqui esta plegária (que por su forma y carácter es una oda) tal cual la escribió en la capilla el desventurado Gabriel briel, y no como ha corrido impresa y manuscrita, mutilada por los copistas. S. A. M.